

Autores y problemas literarios en torno a Fr. Luis de León

POR

MIGUEL DE LA PINTA LLORENTE, O. S. A. (1).

Cumple ante todo advertir al leyente erudito las dificultades que se ofrecen al querer redactar una serie de temas inéditos sobre la personalidad señera de Fray Luis de León. Eruditamente casi todos los temas están agotados, salvo la exégesis sobre problemas fundamentales ya conocidos, pero que presentan aspectos interesantísimos, y que se resuelven conforme al «espíritu» y la cultura del crítico o historiador que los estudie y discrimine. Apenas si se han desvelado nuevas referencias eruditas, fuera de los Procesos inquisitoriales contra los Maestros Gaspar de Grajal y Martínez de Cantalapiedra que tuvimos la fortuna de editar hace ya años. Ambos a dos enriquecen positiva y extraordinariamente el Proceso criminal seguido contra Fr. Luis, amén de abastecer pródigamente la historia de nuestro espíritu renacentista, eminentemente constructivo, pese a su reducida y breve vigencia. Si la investigación erudita continúa sin alumbrar nuevos textos documentales para poder

(1) Recogemos en nuestras páginas este trabajo publicado en la «Revista de literatura» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Fasc. 11 y 13-Julio-Diciembre de 1954.—Págs. 31 a 68.

puntualizar aspectos inéditos y lances de la vida del egregio agustino, o ampliar los ya conocidos, restará sólo la permanencia del estudio sobre sus textos literarios castellanos y latinos para sacar a la sobre haz las ricas esencias de su pensamiento, girando en torno, ya de los problemas teológicos y bíblicos, o del espectáculo irisado de la vida, con referencias concretas a la Moral, la Belleza, la Poesía, la Milicia, el Hombre, la Providencia, la Naturaleza, el Dolor. . .

Fué un acontecimiento entre los estudiosos españoles la aparición de la monografía sobre Fr. Luis de León del hispanista británico Aubrey F. G. Bell, hombre bueno y fino, e intelectual cultísimo. Se trata, como el lector conoce, de un soberbio estudio de integración literaria, donde el hispanista inglés acumula toda aprovechable aportación conocida, que él anima y vivifica con su gran talento de escritor y su viva y exquisita sensibilidad. Lleno de colorido y de belleza, y rezumando densa humanidad—¡la Humanidad española del Quinientos!—este libro actualizó en muchas mentes los temas de nuestro Renacimiento, perfilando la figura de Fr. Luis con trazos vigorosos y recia personalidad. Pero aunque debemos valorar con encendidos elogios esta obra maciza, entrañablemente hispánica, y elaborada dentro de los cánones más exigentes, y de la erudición histórica más escogida, nada nuevo aportaba Aubrey F. G. Bell en el sentido de registrar material desconocido para enriquecer las diferentes etapas vitales de Fray Luis. Conste de todas maneras el tributo de nuestra admiración y gratitud como españoles a escritor tan insigne y tan amante de nuestro patrimonio y terrazgo que escribía al frente de su obra estas palabras: «*A la nueva España, que será digna de la antigua.*»

Complemento indispensable de esta obra debida a la cultura del hispanismo inglés será siempre las *Observaciones al libro de Aubrey F. G. Bell sobre Fr. Luis de*

León (Contribución a la biografía del teólogo-poeta y a la historia del Renacimiento y de la Inquisición española) del P. Pedro Martínez Vélez, estudió que fué publicado sucesivamente en las páginas de la revista «Religión y Cultura» y que apareció el año 1931, editado en las prensas del Real Monasterio de El Escorial. No era su autor, ni mucho menos, investigador u hombre de archivos, pero abastecido de una extraordinaria cultura que recogía las aguas de manantiales preciosos, conjugándose en su eminente personalidad los más variados dones del saber, el libro del P. Vélez presenta un innegable interés y puntualiza valoraciones interesantísimas acerca de nuestro tema. Criticado por el P. Beltrán de Heredia sobre la escasa novedad de los documentos en los que el P. Vélez basaba alguna de sus apreciaciones, respondió así al padre dominico: «o cree el P. Heredia que, con un documento más, aunque sea innecesario para la justicia de una causa, ésta mejora, y uno adquiere patente de sabio? Pues debe saber—y yo creo que lo sabe—que la documentación no sirve para nada, y sirve para todo, y que la sabiduría no consiste en amontonar aquélla, sino en interpretarla y en aprovecharla. También creo que no ignora que vivimos en un tiempo de manía documentaria, y que no faltan maniáticos que, tomando una pila de documentos por pedestal de su fama, y apuntándose alguno que otro triunfo, siempre fácil en esta materia. . . se creen poco menos o algo más que unos Agustines, o unos Santos Tomases, sobre todo en países donde la verdadera cultura superior está poco extendida, y todo, o casi todo está por hacer, o al menos por revisar o rehacer.» El texto merecía recogerse—y así lo hacemos—por precisar adecuadamente el espíritu del trabajo del padre agustino, trabajo estrictamente interpretativo, con referencias documentales, más o menos interesantes, pero de una fuerza en la exégesis y valoraciones, que algunas de ellas pasarán a la co-

rriente del pensamiento crítico como realidades categóricas e insoslayables.

Ha circulado con fortuna durante muchos lustros por la Península, para solaz de los amantes de nuestras letras clásicas, la edición de las «Obras Completas» de Fr. Luis de León, preparada por uno de los más esclarecidos agustinos de su época, varón bañado en las aguas más puras y cristalinas de nuestra erudición histórica: Antolín Merino, figura insigne de San Felipe el Real, y encuadrado en el equipo de nuestros grandes investigadores nacionales: Flórez, Risco, La Canal. . . De entonces acá se reeditaron copiosamente las obras leonianas, sobre todo «El Cantar de los Cantares» y «La Perfecta Casada», vinculándose, como era lógico, a estas reediciones, alguna que otra vez nuestros grandes tipógrafos, como Sancha, Bails. . . La aparición en el ruedo de nuestras letras de la «Biblioteca de Autores Cristianos», exhumadora de una porción considerable de nuestra cultura católica tradicional, postulaba la reimpresión para el gran público de unas «Obras Completas» del catedrático salmantino, y a esta exigencia respondió con su acostumbrada prodigalidad espiritual y su pluma henchida de belleza, el Padre Félix García. En el año 1944 apareció con favorables auspicios y notoria fortuna la primera edición, enriquecida con una segunda en el año 1951. Sobre la edición del P. Félix García hemos escrito estos juicios que vale la pena de consignar en este trabajo de corte crítico bibliográfico. ¿Qué comentarios pueden florecer entre los discreteos de un lector culto al valorar la nueva edición del P. Félix García? Trátase en primer lugar de unas Obras consagradas a la masa del público fino, curioso, y más o menos letrado, sin las pretensiones de satisfacer las exigencias de las minorías cultas y universitarias. Pero si esto es incontrovertible e innegable, cumple también consignar que la nueva edición leoniana está garanti-

zada por el editor, toda vez que se trabaja sobre las primeras ediciones de Fr. Luis, mejorándolas, si cabe la expresión, y perfeccionándolas, desde luego, en erratas plurales y en ortografías escandalosas y heréticas. Quedan así supervalorados los textos del Maestro salmantino, superándose en todos los sentidos la edición clásica y tan valiosa del P. Merino, y luego la del Padre Conrado Muiños, que nada de nuevo aportaba, fuera de su nombre insigne y de su arraigada devoción por el gran poeta agustiniano.

Otras excelencias de la nueva edición se refieren a la «bibliografía», selecta en cantidad y calidad. Podemos precisar que en el volumen queda recogida la casi totalidad de la literatura indígena o extranjera en torno a Fr. Luis, referencias acotadas con un criterio selectivo que no deja nada que desear, ni por la ambición ni por la diferencia, es decir, ni por la abundancia, ni por la exquisita valoración.

Huelga manifestar que en una edición de las Obras Completas de Fr. Luis de León, las «Poesías» son las que ofrecen el blanco para la discusión crítica y la controversia. ¿Qué criterios han presidido las ediciones poéticas de Fr. Luis? Solamente una gran cultura y unos gustos finos pueden atreverse a penetrar en la selva florida, en la floresta poética del fraile agustino; solamente un «poeta» y un verdadero «erudito» pueden salvar tantos escollos como se presentan nada más hollar el umbral de la creación maravillosa y mágica de Fr. Luis. Se trata estrictamente de una serie de preparaciones muy diversas y muy complejas. Cuestiones de temperamento poético, de vocación intelectual, de influencias, de motivos dilectos y preferidos. . . Cuenta una educación y un «estilo», pero cuenta también una «gramática» poética de Fr. Luis, sumamente interesante, que ha de presidir fundamentalmente la crítica y el cernido. Hay otras cuestiones. Una de ellas, por ejem-

plo, demostrar la paternidad de Fr. Luis sobre algunos versos clásicos atribuidos a otros creadores y portaliros. Base para ello será el estudio de la tradición manuscrito de nuestros clásicos, conjugada constantemente con las idiosincrasias y peculiaridades gramaticales, perfectamente caracterizadas en Fr. Luis. La lectura de las «Poesías» de Fr. Luis en la edición del P. Félix García nos invita a hacer estas consideraciones. No era de la incumbencia del P. Félix esta tarea; y sin embargo, observamos con qué moderado criterio, y con qué cuidadosa crítica se desenvuelve, tachando o admitiendo composiciones. Esto representa para el P. Félix García una exigencia ineludible, porque si a alguien obliga, con grave responsabilidad intelectual, el no permitir atravesar la cerca del jardín poético de Fr. Luis a ignorantes y saltatumbas literarios, es a los agustinos españoles, sea quien fuere el filisteo y el advenedizo.

Resta advertir, como resumen de estas notas dedicadas a la edición aparecida en la «Biblioteca de Autores Cristianos», la importancia literaria prestada a ella por el Padre Félix García. Los prólogos redactados por él son clásicos desde el momento en que se escribieron. Serán clásicos y los acompañará la fortuna en la larga navegación del porvenir. Así convenía que entre tantas preciosidades literarias y entre tantos primores de factura del inmortal poeta, se volcasen por el moderno editor, con las apreciaciones valorativas y los juicios concretos, lujos y bellezas de pensamiento y de estilo. Ha tenido así claro destino Fr. Luis. No han manoseado su huerto de rosas blancas y rojas, las orugas que invaden ¡ahl! tantos viejos y perfumados jardines. Por el de Fray Luis sólo han revoloteado el tropel de las mariposas. . . Porque pese a la categoría egregia—y precisamente por eso—del autor a quien se dedica este volumen de la «Biblioteca de Autores Cristianos», siempre se estimará la presentación y el honor de una personalidad

del corte y del vuelo literario, como la del P. Félix García (1).

El acontecimiento más saliente y «escandaloso» sin duda alguna en torno a los temas literarios y eruditos de Fr. Luis ha sido motivado por la exhumación del manuscrito de Oxford, descubierto por el presbítero don José Muñoz Sendino, manuscrito de fines del siglo xvi y principios del siglo xvii. Se trataba al parecer de la auténtica traducción leoniana del *Cantar de los Cantares*. En el «Boletín de la Real Academia Española» el presbítero Muñoz daba a conocer en los años 1948 y 1949 el hallazgo del manuscrito de Whadam, adjudicando la versión a la inspiración y pluma castiza del poeta agustino. Es innegable la calidad poética de algunas de las liras del manuscrito, liras de cinco versos, conforme el modelo de Garcilaso, exceptuadas la última de cada capítulo que consta de seis versos. El manuscrito hallado en «Wadham College» representaba efectivamente una singular novedad literaria. Conocíamos la versión prosaica del *Cantar*, libremente interpretado, y se había atribuido al catedrático salmantino otra versión en octavas reales, desasistidas de calidades poéticas. El manuscrito de Wadham alumbraba la fuente originaria, y nos ofrecía, según la tesis de Muñoz Sendino, la creación poética de Fr. Luis, tal como salió de la mente inspirada del autor de «La Perfecta Casada.»

Tema y cuestión tan atractivos han producido lógicamente y dentro, claro es, de núcleos muy reducidos, opiniones muy particulares y diferencias muy acusadas. Así, por ejemplo, Gonzalo Torrente Ballester encaja con las opiniones de Muñoz Sendino, y su valoración es concluyente, con relación al manuscrito oxfordiano: «el estilo maduro de Fr. Luis es absolutamente evi-

(1) *Obras Completas de Fr. Luis de León*, Ed. B. A. C., 1944, páginas XXIX-I. 694. Madrid, (2.ª ed. corregida y aumentada). Madrid. 1951.

dente», y añade «la estructura musical de cada estrofa, la sencillez de la versificación, el tipo de las imágenes, los elementos poéticos que maneja, en una palabra, cuanto en el poema de verbal y de poético se contiene, pertenece al acervo de Fr. Luis. La identificación del poema como auténtico no ofrece la menor duda (1).

¿Qué podríamos decir nosotros enfocando la cuestión desde un ángulo estrictamente literario? Somos asiduos lectores de Fr. Luis, y como leyente curioso podríamos abordar el problema con referencias precisas a su esencia literaria, enfoque seguro en la discriminación del texto hallado por el presbítero español. Valga en primer lugar el puntualizar las radicales y extremas diferencias del texto poético que rebajarían—de ser de Fr. Luis—su estro y su riqueza creadora, mantenidos habitual y sistemáticamente en dones jugosos de estilo, y en una «constante» sostenida con innegable y característica elevación y talento, pese a inevitables y humanas limitaciones. Es así la poesía de Fr. Luis culta, y está labrada con peso y medida que se definen por la unidad de pensamiento, y la intensidad ideológica, de una parte, simultaneando con el vuelo literario seguro y remontado, sin penurias gramaticales y pobreza idiomáticas. Carece el manuscrito oxfordiano de características como las apuntadas, y sería blasfematorio el admitir en medio de composiciones poéticas de gusto indudable—verdaderas preciosidades—liras y canciones desvirtuadas por una innegable modestia expresiva que aflora en la rima y en la construcción de las estrofas. ¿Qué más? Un examen estrictamente gramatical nos llevaría a las conclusiones que apunto, examen gramatical, a base, por ejemplo, del empleo del adverbio relativo y el interrogatorio «cómo», «dónde», «cuándo», este

(1) V. Gonzalo Torrente Ballester en «Un gran poema desconocido». *Arbor*, t. X., (1948): 231-238.

último constante en la gramática de Fr. Luis, ya que no estudiemos los gerundios, participios de pasado, adverbios, y los adjetivos cultos y audaces, nada fáciles y ordinarios.

Esta es nuestra opinión que lamentamos consignar por causas varias, opinión basada en nuestras experiencias literarias, y que ampliaremos en momento oportuno y en circunstancias más propicias al hablar de la transmisión manuscrita poética de Fr. Luis.

Tercia en el esclarecimiento de esta controversia el P. Félix Olmedo, insigne hombre de letras y de reconocida competencia en debates de este corte. Es su actitud también hostil y adversa al manuscrito oxfordiano, y después de puntualizar en el conjunto de sus composiciones neologismos impropios de Fr. Luis, y ripios muy acusados, alude a cómo la traducción del manuscrito español de Wadham está hecha exclusivamente sobre la Vulgata, y consigna así: «*el traductor no sólo no conoce el texto hebreo, pero ni siquiera la exposición castellana de Fr. Luis*», apreciación interesantísima en el juego de estos valores. ¿Podría efectivamente prescindirse en ningún caso del biblismo de Fr. Luis en obra de tamaña empresa, conociendo su espíritu y sus versiones escriturarias? Creemos que el interrogante carece rotundamente de respuesta (1).

En el año 1945 se editó en la imprenta del Real Monasterio de El Escorial un interesantísimo estudio del P. Angel Custodio Vega, intitulado «¿Los nueve nombres de Cristo, son de Fr. Luis de León?». Huelga ponderar la importancia de la obra, conocido el problema literario que se ventila, y las dotes intelectuales del autor. El problema literario de «Los Nombres de Cristo»

(1) V. Félix Olmedo: «Una nueva traducción del «Cantar de los Cantares», atribuída a Fr. Luis de León» en «Razón y Fe». 140. (1949) páginas 52-70).

puede sintetizarse en estos términos. En el año 1888 publicaba «La Ciudad de Dios» el opúsculo intitulado «De los 9 nombres de Cristo», Opúsculo registrado entre los originales y autógrafos del Beato Alonso de Orozco, conservados en el Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid, y procedentes de nuestro antiguo monasterio de San Felipe el Real de Madrid. Tuvo la oportunidad de editarle entre las páginas de aquella revista el insigne Padre Conrado Muiños, quien adjudica al Beato la paternidad de la obra. Contrastadas formas, textos, desarrollo, etc., entre los auténticos «Nombres de Cristo» de Fr. Luis, y el conjunto del Opúsculo, consigna el editor «que el Opúsculo era anterior a los *Nombres de Cristo*, sino que les sirvió de pauta.» Pero como la exposición del tema es tan vital para valorar la importancia de la obra, a la que hacemos referencia, convendrá reproducir aquí la opinión del Padre Muiños que el Padre Custodio Vega recoge también entre las páginas de su estudio. Compara los dos textos, y exterioriza así su pensamiento.

«Del cotejo de uno y otro escrito resulta demostrado con manifiesta evidencia uno de estos dos extremos: o el *Opúsculo* es un «extracto» de la obra de Fr. Luis, o sirvió de pauta al Maestro León para escribir los maravillosos *Nombres de Cristo*. ¿Cuál de estas dos hipótesis es la verdadera? Aquí comienzan las conjeturas y con ellas los apuros. Mi apasionada admiración hacia Fr. Luis de León, se ha resistido tenazmente contra la segunda hipótesis, que sin embargo, fuerza será confesarlo, es la que ofrece más visos de probabilidad. En efecto, si el *Opúsculo* del Beato fuera mero extracto de la obra de Fr. Luis, ya que se explique fácilmente la falta del nombre de *Cordero* obra póstuma del insigne vate, ¿cómo explicar la omisión del de *Pastor*? ¿Qué razón pudo tener para ir extractándolos todos y pasar por alto uno de los más bellos y sustanciosos? El título del

opúsculo, *De nueve nombres de Cristo*, quita todo el pretexto a la ya de por sí poco verosímil suposición de un olvido.

»¿Quizás, hago con esto poquísimo favor al egregio y universalmente admirado cantor de *La noche serena*? Creyéndolo así en un principio, rehusé acudir hasta el último extremo a conclusión semejante, y hasta excogité varias soluciones, cuya probabilidad V. E. estimará como juzgue conveniente. ¿No puede haber error, decía yo, en la tradición agustiniana, que atribuye al Beato Orozco este opúsculo? El no lleva firma ninguna: la letra del *Santo de San Felipe* se parece mucho a la del Maestro salmantino: no puede haberse atribuido erróneamente al primero este cuaderno, que en tal caso sería el borrador autógrafo de la gran obra de Fr. Luis? Pero a pesar de la indudable semejanza en la escritura de ambos insignes oradores, y a pesar también de mi impericia paleográfica, ningún signo descubría que favoreciese esta hipótesis, y en pro de la tradición existía la indudable identidad de caracteres entre el Opúsculo y otros escritos del consejero de Felipe II. No había, pues, razón alguna para desmentir lo que de consuno confirmaban todos los indicios, reforzados por la tradición, que ya de por sí tiene grandísima fuerza y no puede rechazarse sin gravísimas razones. Pero, insistía yo: ¿no pudiera suceder que este Opúsculo, ya que no el borrador de Fr. Luis, fuese copia de él, de mano del Beato Orozco, hecha para su uso particular antes de que el gran poeta pensara en publicar su libro? Extraño era, sin embargo, que nada advirtiese el copista, y de todos modos, esto era adelgazar demasiado, y arrimarse a una conjetura aérea, que cabe, sí, en lo posible, pero no en lo verosímil. En resolución, bien contra mi voluntad, hubé de abrazarme a la suposición arriba dicha, única en cuyo favor existen razones positivas y valederas.

»¿Pero, en realidad, tenía algún fundamento aquella

mi resistencia a admitir tal conclusión? ¿Desmerecen algo el buen nombre de Fr. Luis ni el mérito de su incomparable libro por suponer que aprovechó extraños apuntamientos? Ni lo uno ni lo otro. Fr. Luis de León no usurpó los méritos de nadie. Fr. Luis afirmó con todas sus letras que recopilaba en parte pensamientos ajenos, que si se expresaron en una conversación o en un escrito, es circunstancia completamente accidental. No tiene él la culpa si se han achacado a figura de retórica aquellas sus terminantes expresiones: «a este propósito me vinieron a la memoria unos razonamientos que en los años pasados tres amigos míos, y de mi Orden, los dos dellos hombres de grandes letras e ingenio, tuvieron entre sí por cierta ocasión acerca de los nombres con que es llamado Jesucristo en la Sagrada Escritura, *los cuales me refirió a mí después el uno dellos*, y yo por su cualidad no los quise olvidar. . . Pues lo que en ello se platicó entonces, recorriendo yo la memoria dello después, *casi en la misma forma como a mí me fué referido*, y lo más conforme que ha sido posible al hecho de la verdad, o a su semejanza, habiéndolo puesto por escrito, lo envío agora a Vmd.» A mayor abundamiento, Fr. Luis habla constantemente de un papel que servía de norma en aquellas hermosas pláticas. Cierto que tal cual él le describe, era un breve papel que iban *desdoblado* y leyendó al comienzo de cada nombre, y el opúsculo del Beato Orozco es un cuaderno de 16 hojas escritas y dos en blanco; mas pareceme que en un libro donde entra por mucho la imaginación, según claramente lo indica aquella frase: «lo más conforme que ha sido posible al hecho de la verdad, o a su semejanza», no ha de repararse en menudencias que no alteran la sustancia, y son debidas a la necesidad de motivar el diálogo. Opino, pues, que en el *papel* sobre que versaron las supuestas o reales conversaciones de la quinta de la *Flecha*, aludió Fr. Luis al opúsculo del Beato Alonso de

Orozco, idealizando un poco por seguir la índole idealista también de tales conversaciones. Nada impide el creer que los mismos *respetos que tenía* para llamar con nombres fingidos personas que, en mi juicio, eran realmente de carne y hueso, influyeran igualmente en esa insignificante modificación»; y concluye el P. Conrado Muiños de esta manera: «termino, pues, resumiendo lo dicho. De ello resulta: *evidentemente*, que los *Nombres de Cristo* de Fray Luis de León y del Beato Alonso de Orozco tienen entre sí íntimas e innegables relaciones (de dependencias); *probablemente*, que el *Opúsculo* del Santo de San Felipe sirvió de pauta en gran parte al clásico libro del maestro salmantino».

Simultáneamente con la opinión del P. Conrado Muiños inserta el P. Custodio en su libro las apreciaciones en torno del tema de nuestro gran bibliógrafo, P. Gregorio de Santiago Vela, máxima autoridad en temas agustinianos, valoraciones que lógicamente habían de ser tenidas en cuenta, y así lo hace el P. Vega con su excelente criterio para mayor ilustración de este problema literario. Para el P. Gregorio de Santiago el «Opúsculo» en cuestión era simplemente un «mero extracto» o resumen de la clásica obra de Fr. Luis. He aquí sus palabras:

«... Supuesta, pues, la indiscutible identidad en lo principal de los dos libros, discute el P. Muiños cuál de las dos hipótesis es más aceptable, si la de que el Opúsculo sirvió para componer la obra de Fr. Luis, o la de que la obra es un extracto del Opúsculo. *En el original de éste no hay señales de ningún género que nos digan ni el nombre de su autor, ni la fecha en que fué compuesto; por esta ausencia de pruebas no sirve el manuscrito para dirimir la cuestión, siendo inútil, por consiguiente, cuanto se pueda fantasear alrededor del mismo. Que sea auténtico del Beato parece cierto ser de su misma letra; pero que sea original, es decir, composición*

suya y propia y no basada en otra obra, jamás lo podrá probar nadie, según creemos, y para ello *no valen argumentos de ninguna clase*, como a nada conducen los razonamientos del P. Muiños que, por infundados o imaginarios, no deben repetirse. Porque alegar, por ejemplo, la tradición para probar que el Beato Orozco escribió una obra titulada *De los nombres de Cristo*, pretendiendo demostrar con esto que es original el manuscrito en cuestión, es el extremo a que puede llegar el apasionamiento por la defensa de un tema con el cual uno está encariñado. Esa tradición es supuesta, es un mito: no ha habido biógrafo ni escritor alguno que haya atribuido al Beato semejante obra hasta el P. Cámara, que incluyó la noticia del manuscrito en brevísima reseña de los que se conservan en el Colegio de Valladolid, pero sin discutir su autenticidad, ni describirle, ni añadir una palabra, en fin, sobre su valor y otras circunstancias. Si en realidad esa supuesta tradición hubiera existido, le hubiera faltado tiempo al Padre Muiños para reproducir alegaciones de escritores que la atestiguaran; y no las reprodujo sencillamente porque no existen, porque la tal tradición agustiniana es pura invención que se pretendió explotar para dar consistencia a una tesis que el mismo P. Muiños calificó de *probable*. Esto por lo que hace solamente a la atribución al Beato de la obra de referencia, porque con respecto a lo principal, o sea, si el opúsculo sirvió de algo a Fr. Luis para componer su obra, la tradición comienza en el P. Muiños, el cual, comprendiendo demasiado la debilidad de sus razonamientos, calificó de hipótesis su opinión, es decir, que cabe en el orden de la posibilidad que Fr. Luis tuviera presente el escrito del Beato, y nada más.

»Faltándonos, pues, la prueba necesarísima en el manuscrito para determinar si su composición fué anterior a la de los *Nombres de Cristo*, de Fr. Luis, y no aduciéndose argumentos de otra clase que así lo com-

prueben, nos queda la otra suposición de que el opúsculo es un extracto y, por lo tanto, de mérito inferior a la obra extractada. En apoyo de esta proposición, puede alegarse, en primer lugar, la identidad antes anotada entre las dos obras, identidad existente hasta en el orden con que se citan los textos sagrados, por lo cual se demuestra la dependencia mútua que ambas obras tienen entre sí. Esta dependencia no se prueba solamente con la conformidad de la doctrina y el método en su exposición, sino también por el número de los nombres de que se habla en el Opúsculo y la división de los mismos en dos partes o libros de modo idéntico al que se observa en la primera edición de los *Nombres de Cristo* de Fray Luis de León; este hecho palpable y evidente lleva al ánimo el convencimiento de que esa edición fué la extractada por el autor del opúsculo; de ahí que éste se halle completo en su género, y el Beato se diera por satisfecho recopilando en su escrito lo que de mística tiene la obra de Fr. Luis.

»Si el opúsculo del Beato, dice el P. Muiños, fuera mero extracto de la obra Fr. Luis, ya que se explique fácilmente la falta del nombre de *Cordero*, obra póstuma del insigne vate, ¿cómo explicar la omisión del de *Pastor*? ¿Qué razón pudo tener para ir extractándolos todos y pasar por alto uno de los más bellos y sustanciales? El título del Opúsculo, «De nueve nombres de Cristo», quita todo pretexto a la ya de por sí poco verosímil suposición de un olvido». Efectivamente, que no se comprendería la omisión de referencia, ni acerca de ella encontró el P. Muiños una explicación satisfactoria, por la sencilla razón de que ignoraba el proceso de la publicación de los *Nombres de Cristo*. Creyó cándidamente que la obra salió completa, como hoy la vemos en impresiones modernas, desde la primera de 1583. Si hubiera estudiado esta primera edición, hubiera excluido de su trabajo aquellos interrogantes; hubiera comprendido perfecta-

mente la omisión del nombre de *Pastor*; hubiera entendido, en fin, porqué el Beato bautizó su opúsculo con el título de *nueve nombres de Cristo*, y no de *trece*, como salieron en la segunda edición de la obra de Fr. Luis.

»Es decir que, a falta de examen de la primera edición de los *Nombres de Cristo*, debemos hoy una teoría sobre su composición que se pretende hasta explotar en menoscabo de Fr. Luis, pues es natural deducir que no es de tanto mérito como se cree la concepción de una obra de tanta fama para el autor, puesto que otro le precedió facilitándole el programa de la misma, apuntando ideas y conceptos y hasta los textos de la Escritura más apropiados al caso. Porque el fundamento, la base indiscutible de esa teoría es la falta del nombre de *Pastor* en el Opúsculo; sobre ese pilar se levanta todo el arquitecno del P. Muñón, el cual no necesitó ver más para formular inmediatamente su conclusión de que el opúsculo no puede ser extracto de la obra grande, porque nunca se hubiera pasado por alto el nombre de *Pastor*, uno de los más bellos y sustanciales. Y triste es tener que repetirlo: el P. Muñón ignoraba que en la primera edición de los *Nombres de Cristo*, no se halla el nombre de *Pastor*, y no consta sino de dos libros en los que se trata de nueve nombres solamente, los mismos que se explican en el extracto, o sea en el opúsculo, en cuya cabecera y al final se consigna este detalle.

»A continuación de la primera parte del Opúsculo, acabada en su género, como hemos dicho, y a la cual corresponde el título *De nueve nombres de Cristo*, hay en el mismo manuscrito, pero de fecha muy posterior, como evidentemente se conoce por la letra y hasta lo indica la disposición del cuaderno, algunos borradores en que se trata de los nombres *Hijo, Jesús y Amado*, que son los expuestos por Fr. Luis en el libro tercero de los *Nombres de Cristo*, con la diferencia en cuanto al orden de concluir por el nombre de Jesús. Llama el P. Muñón

borradores a esta segunda parte del trabajo del Beato Orozco, por el desaliño, según él, con que está escrita, circunstancia que se utiliza para decir que se trata de originales. «¿Cómo explicar, añade, ese desaliño si se supone que iba extractando a Fr. Luis?». Pues muy sencillo: porque se propuso en esos borradores o apuntes recoger de la segunda o tercera edición de los *Nombres de Cristo* los datos precisos para que, a modo de indicaciones, le señalaran los lugares donde había de extractar; o también se redujera a copiar textos e ideas con intención de completar después la exposición de la doctrina, como en el opúsculo anterior, del mismo modo y forma que lo había hecho con éste. Nadie dirá de estas dos suposiciones que una de ellas no sea aceptable, después de lo antes escrito; sobre todo se explican con más facilidad que las del P. Muiños, así las indicadas como la que viene luego, pretendiendo hacer creer que en el papel que leía Sabino al comienzo de los diálogos se aludía al opúsculo del Beato Orozco; y todo menos eso. Puesto que quiere que en Juliano esté representado el Beato, nada más natural sirviendo de pauta y programa el opúsculo para componer la obra grande, que hacer autor del papel a Juliano, es decir, al Beato Orozco, y no es así: Fr. Luis representado *seguramente* en Marcelo, declara que éste es el autor del papel y no Juliano, a quien en justicia se le debió de atribuir. Con razón, pues, dice el señor Onís: Como en la obra de Fr. Luis la parte dramática de los diálogos se basa en el encuentro de un papel que sirve de índice de la discusión, parecería resuelta la clave de la historicidad de estos diálogos, si identificamos el opúsculo de Orozco con el papel atribuido a Marcelo en los *Nombres de Cristo*. Pero Marcelo es, indudablemente, el mismo fray Luis de León y Orozco no puede ser, por lo tanto, identificado con él.

Era menester indispensable y exigencia forzosa reproducir — como lo acabamos de hacer — las amplias

exposiciones literarias de los dos escritores mencionados: PP. Conrado Muñíos y Santiago Vela, para enfocar con toda justeza el problema literario que tratamos, y para que pueda así el lector discriminar con asentado criterio y base crítica las interesantísimas opiniones del Padre Vega, y los modestísimos comentarios que nosotros deseamos formular en esta cuestión.

La primera «proposición» del P. Custodio Vega reza así:

«El Opúsculo y los Nombres de Cristo guardan entre sí tales semejanzas de expresión y contenido, que mutuamente dependen un escrito de otro: o el «Opúsculo», de los «Nombres» (extracto), o los «Nombres», del «Opúsculo»: (guión borrador).

La proposición nada de particular ofrece, y es obvia, no afectando para nada a la esencia del problema, toda vez que se da por descontado por unos y otros contendientes.

La segunda proposición del P. Vega dice:

«Los pequeños Nombres de Cristo u Opúsculo, atribuido al Beato Alonso de Orozco no pueden ser un «extracto» de los Nombres de Cristo de Fr. Luis de León». Y añade a la continua: «proposición críticamente cierta».

Con estas premisas puntualiza el P. Custodio Vega una serie de pruebas para ilustrar y hacer viable su proposición. La argumentación es minuciosa y lógica dentro de sus ideas, pero claro es que dejando margen para verificar apreciaciones de otro tipo. En torno de la cuestión comienza el P. Vega por precisar que la solución del P. Vela «es de una simplicidad tal, y al mismo tiempo envuelve tales dificultades en sí misma, que críticamente es inaceptable, mientras en su favor no se alegue un argumento positivo que la confirme», (1) añadiendo

(1) V. Angel Custodio Vega; «Los nueve nombres de Cristo, son de Fray Luis de León?» El Escorial. 1945, pág. 43.

que el procedimiento del «extracto» es expeditivo y excesivamente cómodo, y que en buena crítica no debe ser utilizado.

Afianza y robustece su «proposición» con los siguientes razonamientos. Todos ellos se basan en diferencias y contrastes. El «Opúsculo» utilizado por el Padre Vega presenta dos partes. Abarca la primera los nueve «Nombres de Cristo» del catedrático agustiniano en su primera edición salmantina, y contiene la segunda los tres nombres: *Hijo, Amado y Jesús*. Esta segunda parte que a su juicio se continuó años más tarde—lo apoya en el tipo de letra, tinta y formato—se extiende en la explanación de los tres nombres con un conjunto de meditaciones y apuntes de carácter místico-ascético.

Iniciado apenas el estudio del «Opúsculo» comienzan a perfilarse diferencias «incompatibles con la hipótesis de la prioridad de los Nombres sobre el «Opúsculo». En un estudio comparativo—seguimos al P. Vega casi al pie de la letra—entre las dos partes del Opúsculo se advierten en primer lugar radicales diferencias en lo que respecta a los textos escriturarios. Así en la primera parte se copian todos los textos en idioma vernacular, conforme con la versión de Fr. Luis en su obra grande, mientras que en la segunda, todos los textos sagrados están en latín, según la Vulgata. ¿Cómo explicar estas profundas diferencias, escribe el P. Vega? ¿cómo razonar y explicar que los textos no se encuentren traducidos como en la parte primera? Si el autor extractaba, teniendo a la vista los *Nombres de Cristo*, ¿por qué ésta irregularidad, se pregunta el P. Vega? ¿No era más lógico y fácil que el autor reprodujese conforme el texto, sin acudir a la Vulgata?

Pero continúan las divergencias. Los textos de ambas partes presentan características muy definidas dentro de sus divergencias. Así en la parte segunda abundan y cuentan más que en la primera, acumulándose

textos sobre textos, sin orden lógico, ni concierto, sugiriendo—escribe el P. Vega—la idea abstracta de un plan de borrador, algo impreciso y a salto de mata, mientras que en la obra de Fr. Luis se advierte más sobriedad y discreción en la cita de textos y referencias. Cuenta, además, otra razón, y ella consiste en que en ocasiones la cita de los textos en el *Opúsculo* es inversa a la de los *Nombres*, aun mediando páginas entre unos y otros textos. ¿Pueden resolver estas dificultades los defensores del «extracto», consigna el P. Vega? Y resuelve sus razones el docto agustino y compañero de El Escorial precisando que si se supone en cambio que el *Opúsculo* fuera anterior a los *Nombres*, desaparecen «ipso facto» antinomias y contradicciones, y concluye así: «a) aparecen los textos en latín en los tres últimos nombres de Cristo, porque no siendo más que unos someros, some-rísimos apuntes en forma de borrador, no tenía por qué ponerlos en castellano, labor que haría después y despacio conforme a ambas lenguas: b). Cita con tanta abundancia los textos, sea con tino o simplemente por sugerencia, asociación de ideas o de palabras, eliminando después lo que el razonamiento reposado y metódico advierte como inútil o no pertinente al asunto: c). Esto mismo explica el desorden de colocación que se nota en aquéllos. Quienes hayan tenido que realizar un trabajo semejante, encontrarán este procedimiento tan obvio y natural, que no necesitamos insistir sobre ello». (páginas 50-51).

Sigue el P. Vega a continuación insistiendo en sus puntos de vista. «El carácter de meros apuntes del *Opúsculo*, particularmente en los tres últimos Nombres, acusa un texto primitivo y original», escribe. Precisa luego que este carácter pudiera discutirse en los primeros nueve Nombres, pero no así en los tres últimos por la despreocupación en redacción, orden y claridad; y concluye su argumentación con las siguientes

líneas: «¿cómo explicar esto en una obra de «extracto», en la que nadie iba detrás del extractador, ni nadie le apremiaba con urgencia?» (Pág. 52).

Para el P. Vega existen otras razones suasorias para mantener sus tesis y apreciaciones. Se fija, por ejemplo, en las versiones de los textos escriturarios. En los *Nombres* la referencia se cita dentro del texto y con letras, mientras en el *Opúsculo* todas las citas se colocan al margen lateral izquierdo; y arguye que de ser el *Opúsculo* un extracto parece lógico y natural se pusiesen también dentro del texto literario. Item, en los nueve primeros *Nombres* del *Opúsculo*, los textos sagrados se aducen todos en castellano, y coinciden las traducciones con las de Fr. Luis de León. sirviéndose en ellos del texto hebraico sobre el de la Vulgata, aunque a veces —lo atestigua el P. Custodio— cuentan casos en los que se «usa y traduce la Vulgata en el *Opúsculo*, en discrepancia precisamente con los *Nombres* en los que se utiliza el texto original con visible preferencia sobre los Setenta y La Vulgata». El autor resume así sus conclusiones. ¿Cómo explicar las divergencias en las traducciones bíblicas? Los textos traducidos de la Vulgata en el *Opúsculo*, se encuentran en los *Nombres* traducidos del original hebreo. Y consigna literalmente el P. Vega: «¿no era más fácil al extractador copiar, como ordinariamente lo hace, el texto tal cual lo tiene ante la vista, que no ir a buscar la Vulgata y hacer una nueva traducción? En cambio, suponiendo al *Opúsculo* anterior a los *Nombres*, se comprende muy bien que fray Luis cambiase de parecer, y aficionado como era al original hebreo desechase la primera traducción de la Vulgata, cuando no le parecía que ésta respondía tanto como él quería a aquél». (Pág. 56).

El nombre de «Pastor» sirve al docto escritor agustino para continuar su razonamiento. Gira ésta ahora en torno de la «omisión» del título o nombre de *Pastor*,

título que no aparece en la primera edición de la obra de Fr. Luis, pero que se expone y figura en la segunda, dándose la curiosidad de que mientras en ésta se incorporan y copian los nombres de *Hijo*, *Amado* y *Jesús*, se omite el de «Pastor». ¿Cómo resolver esta confusión y este desorden? El Padre Vega se pregunta: «si admitimos que el *Opúsculo* es un mero «extracto» de Fr. Luis, ¿qué explicación puede darse de no haber extractado el dicho nombre de *Pastor* aparecido juntamente con aquellos? ¿Es acaso que su contenido no interesó poco ni mucho al supuesto extractador? ¿Es que dicho nombre no contenía doctrina mística como los demás? ¿Es tal vez que el nombre de *Pastor* decía poca relación con Cristo y su oficio de Salvador de las almas? Nada de eso». (pág. 60). Así el P. Vega comenta las excelencias del título de «Pastor», aplicado a Cristo, y hace hincapié en que si Fr. Luis redactó el *Opúsculo* o borrador, ¿qué razones hubo para que silenciase este Nombre, que estaba en el ambiente de la época, iniciada ya en la poesía y literatura la caballería y el bucolismo? Esto hace recordar al Padre Custodio las preferencias en Fr. Luis de esta temática, citando como ejemplos en su labor poética las composiciones *La Ascensión*, *Vida retirada*, *Noche serena*, y sobre todo «Alma región luciente», insistiendo en que no necesitaba Fr. Luis una exposición esquemática de la materia, dada su brevedad, «realidad de verdad»—así escribe el Padre Vega—, y textos bíblicos, muy escasos y reducidos.

Merecen soslayarse, pues hemos de recorrer todavía ancho y prolijo camino, las disquisiciones del Padre Custodio sobre el orden de los «extractos», y que constituyen la «quinta» razón que esgrime el ilustre escritor para ilustrar y razonar críticamente la «segunda proposición» que da precisamente margen para todas estas valoraciones. Se reduce toda ni más ni menos a las clásicas diferencias, desorden en la copia y cambios más o

menos interesantes, pero todas ellas del tipo de las ya enunciadas. Resta por lo tanto referirnos a las últimas razones del Padre Vega, y entre las ofrecidas al culto lector es la principal exhibir y acusar la confesión paladina del autor del Opúsculo declarándose autor de tal escrito: Escribe así en la Introducción, según el P. Custodio: «¿de dónde nacen tantos vicios y ofensas de Dios, sino de tratar con tan mala doctrina, mayormente la gente moza, de noche y de día? Teniendo yo gran compasión de perdición tan grande *quise escribir este libro en romance*, y tratar de los nombres de nuestro Salvador, en el cual, como testifica el apóstol, están atesoradas todas las riquezas, etc., etc. (págs. 67-68). A la continua el Padre Custodio consigna que en Fr. Luis se halla el mismo pensamiento, «pero la frase en toda su precisión y crudeza, no». (pág. 68). Y resume su criterio el docto compañero de El Escorial aludiendo al absurdo que representa, de ser el Opúsculo un *extracto* de los *Nombres de Cristo* que quiera el compilador editar su trabajo estando ya editada la obra magnífica del catedrático de Salamanca; y manifiesta, vindicando el honor del Beato Orozco, que si éste fuese el autor, como intentan probar los Padres Muiños y Gregorio de Santiago, estaría aquél bajo el mote de plagiario y despreciado, precisamente cuando el Beato frisaba en edad avanzadísima, y aureolado por la santidad.

Reza así la tercera proposición del P. Vega:

«No existe argumento alguno positivo que pruebe ser el Beato Alonso de Orozco el autor del Opúsculo».

En realidad de verdad no militan a favor de la tesis que da la paternidad del Opúsculo al Beato razones ningunas fundamentales, es decir, argumentos positivos internos o externos, o ambos a dos, que lo abonen, dice el P. Vega. Aducía el Padre Muiños en defensa de la

tesis contraria haberse hallado el Opúsculo entre los papeles del Beato, y la semejanza de la letra. Añadía que la letra del Beato se parece a la de Fr. Luis. El Padre Vega, al referirse a esta aserción del P. Muiños escribe que éste lo reconoce «con toda nobleza»; y añade por su cuenta: «en cuanto a la segunda razón, de que la letra se parecía mucho a la del Beato, no se puede negar. Mas el mismo Padre nos asegura que se parecía igualmente a la de Fr. Luis de León», aunque reconociese el Padre Muiños no poder formular una apreciación categórica por su modesta competencia paleográfica. El P. Custodio reduce así sus conclusiones:

La letra del Opúsculo, en la inmensa mayoría de sus grafías, era de Fray Luis de León: tenía sin embargo, letras que se parecían a las del Beato. Se explica esto bien, porque los documentos autógrafos que entonces utilizamos eran principalmente los del libro de Job, de la última época de su vida. Posteriormente hemos visto los autógrafos borradores del Job en verso, que se conservan en la Biblioteca de la Academia de la Historia, los cuales, aun conservando los rasgos fundamentales, se aproximan al Opúsculo. En resumen, de la comparación de letras no se puede sacar argumento alguno cierto a favor del Beato. Claro está que tampoco a favor de fray Luis, si no hubiera otras razones que lo probasen sobradamente». (págs. 73-74).

Restaba pulverizar el argumento del P. Muiños, quien se abroquelaba en el de la tradición literaria corporativa, labor sencillísima para el escritor de El Escorial, pues aun el mismo P. Gregorio de Santiago lo reputaba de verdadero mito, como así es. La exageración del P. Muiños es notoria, y para nada cuenta aquí la tradición agustiniana que no ha dejado rastro alguno de su existencia, cosa extraña, de existir, dado el intenso movimiento de cultura entre los agustinos de aquella época. ¿A dónde, pues, acudir en busca de seguridad para

resolver el problema? Recurre aquí el P. Vega al argumento interno, basado en el estudio comparativo del estilo y contenido del Opúsculo con los restantes trabajos literarios del Beato Orozco. No se encuentran semejanzas expresivas entre el Opúsculo y demás escritos, mientras la identidad expresiva o literaria con Fr. Luis es manifiesta; y concluye el P. Custodio puntualizando la inexistencia de pruebas a favor del Beato Alonso de Orozco.

He aquí la «cuarta proposición» del P. Custodio Vega:

«El Opúsculo coincide sustancial y aún literalmente, con el «papel» famoso de que se nos habla en los nombres de Cristo: debe por tanto identificarse con él».

Alude el P. Vega al explanar esta proposición a la *Introducción de los Nombres de Cristo*, donde el Maestro salmantino se refiere al «papel», guía o «despertador» de los diálogos socráticos entablados a la vera del Tormes, en la Flecha, antigua propiedad de los agustinos de Castilla; y apoyándose en el siguiente párrafo de la «Dedicatoria» de Fr. Luis «... pues lo que en ellos se platicó entonces, recorriendo yo la memoria después, casi en la misma forma como a mí me fué referido y lo más conforme que ha sido posible al hecho de la verdad o a su semejanza, habiéndolo puesto por escrito, lo envío ahora a v. m., a cuyo servicio se enderezan todas mis cosas», reconoce en los Diálogos elementos históricos y poéticos. Los Históricos son difíciles de precisar, sin embargo, de una manera concluyente, y descartada su identificación, permanece únicamente el «hecho de la verdad», y el P. Vega consecuente con sus ideas lo vincula al famoso «papel» al que se refiere Fr. Luis, derivando su tesis de las coincidencias literales entre los

«Nombres» y el «Opúsculo», viendo en la exposición de éste el mismo orden de ideas, y casi de expresión del «papel» citado por Fr. Luis, base y motivo de las conversaciones teológicas de La Flecha, identificando uno y otro. Se consagra seguidamente el P. Custodio a acusar la significación estricta de lo que se entendía en la época con la denominación de «papel», y escribe que en el proceso inquisitorial de Fr. Luis se lee con frecuencia la palabra «papel» «con la significación de cuadernillo o cuadernillos conteniendo las explicaciones de clase o algún breve tratado». Fr. Luis dice al hablar de este «papel» que no era muy «grande», puntualiza el P. Vega, y aunque no da exagerada importancia a la significación del término en cuestión, afirma que el «Opúsculo»—diez y seis hojitas mal contadas, y de tamaño en octavo—cabe perfectamente dentro de la denominación de «papel». La cita de Juliano en la «Introducción» al libro III de los «Nombres», donde aludiendo a Marcelo se dice que éste «tiene acerca de este nombre Jesús recogidas y advertidas muchas grandezas», hace concluir al P. Custodio que el «papel» no era precisamente un escrito con media docena de textos y apuntamientos brevísimos.

Quinta proposición:

«Marcelo se declara autor del papel y consiguientemente del plan y concepción de la obra de los Nombres de Cristo».

Trata el P. Vega en esta proposición de acusar inequívocamente la actitud de Fr. Luis de León en torno al «papel», probando sin género de duda su existencia. Las palabras del ilustre escritor son estas: «... fray Luis utilizó un escrito breve en forma de apuntes o borrador que le sirvió de pauta en el desarrollo magistral y espléndido de sus diálogos de los *Nombres de Cristo*. Son

éstos tan perfectos en su plan, en el desarrollo del tema, en la exposición y concatenación de los textos escriturarios y de los santos padres, en el mismo lenguaje, sumamente esmerado y pulido, que sin hacerle agravio ni disminuir en un ápice sus dotes excepcionales de teólogo, pensador, escriturario y poeta, nos parece difícil que pudiese salir la obra de un tirón, tal cual hoy la tenemos, sin un *guión* que le sirviese de esquema y orientación; mucho más, tratándose de diálogos en los que el peligro de perderse es más fácil, si no se tiene de antemano trazado el camino al que puedan volver cuantas veces la discusión los extravíe. En el teatro, en la novela, en el cine, se han hecho ya hoy indispensables estos guiones. Y no creemos que en la antigüedad nuestros hombres fuesen distintos de los de hoy. De hecho Marcelo atestigua la existencia del suyo y precisamente con una palabra en su formación idéntica a la muestra, aunque más clásica y propia que nuestro híbrido *guión*: «pues el «papel» ha sido el despertador de esta plática —escribe— bien será que él mismo nos sea la «guía» en ella. Id leyendo, Sabino, en él; y de lo que en él estuviere y conforme a su orden, así iremos diciendo». El Padre Custodio subraya: «las palabras son tan claras, que excusan todo comentario». (págs. 104-105). Insiste luego el P. Vega en destacar cómo Marcelo se atribuye la paternidad del «papel, como lo confiesa y reconoce con toda claridad Sabino en estas terminantes palabras: «Marcelo que reconoció luego el «papel», porque estaba escrito de su mano, dijo vuelto a Sabino y riéndose, etc.». Y luego Sabino: «por cierto caso hallé hoy este «papel» que es de Marcelo etc.». Se descarga y soslaya naturalmente la mera insinuación de que Marcelo pueda en ningún caso identificarse con el Beato Orozco.

Sexta proposición:

Marcelo no es otro que el mismo fray Luis de León,

quien vindica para sí la paternidad del Papel y por tanto la del Opúsculo.

Una serie de textos extractados todos de los Nombres de Cristo sirven al Padre Vega para matener la clásica y auténtica identificación entre Marcelo y Fr. Luis de León. Los textos se refieren, unos, a las alusiones sobre las tareas universitarias de Marcelo (léase Fr. Luis de León): «... era por el mes de junio... al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo... después de una carrera larga, como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso a la soledad de una granja... En las riberas del Tormes...; todo es buen tiempo—dice Marcelo—porque ya veis cuántas son mis ocupaciones y la flaqueza grande de mi salud... aunque quien sabe leer—dice Sabino—en medio de los caniculares tres licciones en las escuelas muchos días arreo, etc., etc.; en otros, se alude a la melancolía, nota característica en el proceso inquisitorial del poeta. (Como los estudiantes no le entendiesen bien en la clase, y le rogaran hablase más alto, respondió: «estoy ronco, y es preferible hablar bajo para que los señores de la Inquisición no me oigan»).

Séptima y última proposición:

Fr. Luis de León es el autor del Opúsculo denominado «De los Nueve Nombres de Cristo».

Con esta aserción finaliza el Padre Vega el conjunto de sus proposiciones, asentando categóricamente en Fray Luis la paternidad del Opúsculo. Lo prueba valiéndose de la existencia de frases que acusan en los «Nombres» y en el «Opúsculo» un mismo autor. Advierte singularmente en un giro muy peculiar de Fray Luis, con la circunstancia de que registrado en el «Opúsculo», no se encuentra en los «Nombres». El giro es éste, según el Opúsculo. «De los nueve nombres que

la Sagrada Escritura da a nuestro Salvador, según *que es hombre*». Afirma el P. Custodio que no pudo el autor del *Opúsculo* tomarlo de los «Nombres» por aparecer en ellos convertido en otra forma: «en cuanto hombre». Consigna el escritor escurialense que la frase «según que es hombre» se repite arreo en los *Nombres de Cristo* sin encontrarse correspondencia alguna en el *Opúsculo*, donde se registra una sola vez, y después de puntualizar la frase o giro en diferentes lugares de los nombres, concluye: «de esta lista de lugares, que podrían quizá aumentarse, se deduce claramente que la frase es peculiar de Fr. Luis. De no ser el mismo Fr. Luis, ¿cómo pudo estamparla en la primera línea del *Opúsculo* el autor de éste, no hallándose en los *Nombres*, como no se halla, en tal sitio ni en tal forma, según hemos dicho y visto más arriba? Alguna que otra vez se emplea, es cierto, en el *Opúsculo*, más fuera de una sola, las demás sin correspondencia con los *Nombres*». (Pág. 123).

Otro aspecto se refiere a la omisión de textos que acusa el P. Custodio. Apunta éste hasta tres, de San Macario, San Gregorio Niseno y San Bernardo, pertenecientes al nombre de *Jesús*, mientras se da la paradoja de citarse en el «*Opúsculo*» a San Agustín, sin aparecer en los *Nombres*. Tampoco se citan en el *Opúsculo* al disertar sobre el nombre de *Amado* textos «hermosísimos de un gran valor teológico y místico»—escribe el P. Vega—de San Gregorio el Teólogo, la carta a los Romanos de San Ignacio de Antioquía, ni referencias de San Macario. Con esto se ratifica nuestro autor en que tales omisiones no se explican de no identificarse en un mismo escritor el autor de ambas a dos obras: el *Opúsculo* y los *Nombres*. Cuentan además otros matices interesantes. Los apuntes que siguen en el *Opúsculo* a los tres últimos nombres, *Hijo Jesús* y *Amado*, afirma el P. Custodio, ser de idéntica mano que éstos, pero sin ningún orden, ni referencia, entendiéndolo el ilustre escri-

tor tratarse de apuntamientos para nuevos «Nombres».

En estos tres nombres vincula el P. Vega las siguientes consideraciones con las que finaliza su séptima y postrera proposición. Rezan de este modo: «a mayor abundamiento podría alegarse, en forma de paradigma una serie interminable de textos tomados del *Opúsculo* y de los Nombres, en los que claramente se advertiría la utilización de aquél por parte de Fr. Luis. En los tres últimos nombres, sobre todo, la prueba es terminante. El pensamiento y los textos son los mismos en ambos, con las diferencias ya señaladas; pero las coincidencias literales son raras. Más ¿qué razón puede darse para que en una página, y a veces cambiado ya el pensamiento, se coincida tan sólo en media frase, o en alguna o algunas palabras sueltas, las suficientes para ver que un texto ha tenido presente al otro? Realmente ninguna, de no ser uno mismo el autor. Cuando se extracta—es una ley psicológica comprobada—es más fácil coincidir literalmente en mucho, que en poco. Lo último supondría un trabajo de asimilación del estilo, uso de las partículas, corte de las frases, y aún de determinado sentido personal de ciertas palabras, que es imposible concebir en unos apuntes somerísimos, hechos a vuela pluma con la rapidez del pensamiento en un momento de inspiración y sugerencia». (Pág. 125-126).

Explanadas ampliamente, al menos en lo sustancial, las proposiciones del P. Custodio Vega, nos preguntamos: ¿qué criterios mantener ante ellas? Ante todo la tesis del P. Vega es altamente simpática para todos los agustinos y simpatizantes de Fr. Luis. Su esfuerzo representa una aportación muy interesante en este problema literario, pero a nuestro entender, y a pesar de la sutileza crítica, magistralmente acusada por el Padre Vega, queda sin resolver, como no apoyada en bases definitivas. El mismo padre no oculta las dificultades y cierra su estudio con estas palabras: «repetimos y confe-

samos ingenuamente que desearíamos oír sobre este punto la opinión de los doctos y conocer la razones de quienes, no satisfechos con las pruebas alegadas, aboguen por alguna de las anteriores hipótesis o intenten alguna nueva»; (pág. 130) y en la Advertencia preliminar invita al lector erudito y curioso a empuñar la pluma para terciar en la cuestión, de no estar conforme con sus razonamientos, algunos de ellos tan sugestivos e interesantes. Con la venia, pues, del Padre me permitiré algunos comentarios en cuestión tan espinosa, sin perder la esperanza de poder realizar un estudio serio, al que se prestan las apreciaciones críticas de mi cultísimo hermano de hábito el P. Custodio Vega.

Sea primero referirnos al Opúsculo, conservado entre los Manuscritos del Beato Alonso de Orozco, custodiados en el Real Colegio de Agustinos de Valladolid, donde fueron depositados por el P. Francisco Villacorta, Manuscritos procedentes de San Felipe el Real de la Villa y Corte. Según la referencia del P. Gregorio de Santiago Vela forman estos papeles cuatro mamotretos, encontrándose nuestro Opúsculo en el cuarto mamotreto o legajo con el número precisamente 4.º. «De 9e nobres de xpo» ¿Por qué razones se encontraban los *Pequeños Nombres de Cristo* en El Escorial, donde fueron utilizados por el Padre Vega? Escribe éste que probablemente fueron trasladados al Escorial por el P. Gregorio de Santiago Vela. ¿Con qué motivo? ¿Cómo es posible concebir este traslado del Opúsculo al Escorial, conociendo la escrupulosidad y otras condiciones psicológicas del P. Gregorio de Santiago, dentro de las circunstancias donde le tocó vivir, y conocida su áspera condición y sus «divergencias» en asuntos que por elemental prudencia hemos de silenciar? Pero de todas formas, y pese a esta rara y peregrina historia, el Opúsculo no se encuentra en Valladolid, según las informaciones que el P. Vega nos proporciona; y hemos de creer que

la obrita de Valladolid es la original publicada por el Padre Conrado Muñíos y la estudiada por el P. Custodio Vega.

Otra Advertencia preliminar a mis modestísimos comentarios sea que el Opúsculo, estudiado por el P. Vega desapareció en la guerra civil española, sin que *pueda por ello ningún erudito examinarle y contrastarle* para determinar características y particularidades. «El mencionado Opúsculo, guardado por nosotros como rico tesoro, al abandonar en plena revolución el Monasterio, fué robado o sustraído con otros documentos importantes de la celda prioral del mismo, sin que nos haya sido posible encontrar de él hasta ahora el menor rastro». Así escribe el P. Vega en su interesantísimo trabajo. (pág. 73). De modo y forma que desaparecido primero de Valladolid, nos encontramos después con la adversa fortuna de su pérdida en El Escorial, donde *permaneció desde los lejanos días en que fué estudiado por el P. Vela hasta su revisión por el P. Custodio. Es decir, que nos hallamos ante la imposibilidad de verificar un estudio directo del cuaderno en cuestión.*

La cultura, competencia y espíritu crítico del P. Custodio Vega nos obliga a creer en muchas informaciones, completamente confiados a su sagacidad, pero desde el primer momento nos ponemos en guardia al estudiar el Opúsculo desde las primeras referencias del P. Muñíos. Preguntamos primero: valor del Opúsculo para la solución del problema, según el P. Gregorio de Santiago? Así se explica el docto bibliógrafo: «en el original de éste del Opúsculo no hay señales de ningún género que nos digan, ni el nombre de su autor, ni la fecha en que fué compuesto; por esta ausencia de pruebas no sirve el Manuscrito para dirimir la cuestión, siendo inútil, por consiguiente, cuanto se pueda fantasear alrededor del mismo». Y añadía, «que sea auténtico del Beato parece cierto ser de la misma letra, pero que sea original, es decir, com-

posición suya y propia, y no basada en esta obra, jamás lo podrá probar nadie, según creemos, y para ello no valen argumentos de ninguna clase, como a nada conducen los razonamientos del P. Muiños que, por infundados e imaginarios, no deben repetirse» (1).

¿Cuentan verdaderas exigencias a favor del Beato para atribuirle la paternidad del Opúsculo, volvemos a preguntar? El P. Muiños aduce las siguientes: la de haberse hallado entre los papeles del Beato, y parecerse su letra bastante a la de éste. En el volumen 17—hacemos ya alusión a ello en la explanación de la tercera proposición del P. Custodio—de «La Ciudad de Dios» (pág. 471) escribía el insigne Padre Conrado Muiños: «la letra del *Santo de San Felipe se parece mucho a la del Maestro Salmantino; ¿no puede haberse atribuido erróneamente al primero este cuaderno, que en tal caso sería el borrador autógrafo de la gran obra de Fray Luis?»* El P. Vega recoge todos estos datos, y consigna la apreciación del P. Muiños de la semejanza de la letra del Opúsculo a la escritura del Beato aunque subraya la semejanza de ella con la de Fr. Luis. Al Padre Vega le satisface la aserción del P. Muiños, cuando anota que el dicho Padre *reconoce con toda nobleza esa semejanza o parecido. Confiesa sin embargo el P. Muiños su «incompetencia paleográfica» para fallar en definitiva.* En torno de este problema que pudiera ser fundamental, el Padre Vega escribe que realizado un estudio comparativo con los autógrafos de entrambos escritores, resulta que la letra del Opúsculo en casi la totalidad de sus grafías era de Fr. Luis de León, salvo algunas letras parecidas a las del Beato; y nos dice que en cambio la letra de los tres últimos nombres se parecía más a la de Fr. Luis que a la del Beato. A pesar de estas afirma-

(1) V. Gregorio de Santiago Vela en «Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín». Vol. VI-N-R. pág. 151. Madrid. 1922.

ciones el P. Custodio anda con tiento, y acaba por consignar que de la comparación de las escrituras no se deduce sin embargo argumento cierto a favor del Beato, ni a favor de Fr. Luis.

Parece increíble que todo esto haya podido estar sostenido por hombres cultivados, y dados al estudio del tema. El P. Conrado Muiños escribe que la letra del Beato *se parece muchísimo a la de Fr. Luis de León*. Esto le agrada sobremanera al Padre Custodio Vega por lo que le ayuda directa e indirectamente. (Nos dice que *la letra del Opúsculo en la inmensa mayoría de las grafías, era de Fr. Luis de León*, con la salvedad de algunas letras parecidas a las del Beato, sobre todo signos de abreviaturas (6). Así todo «queda en casa»). Ahora bien, el Padre Gregorio de Santiago ha escrito que el Opúsculo parece ser cierto de la letra del Beato. Con estas bases argumentamos. El hecho de encontrarse el Opúsculo entre los papeles del Beato nada prueba efectivamente sobre ser fruto de su magín, aunque pudiera ser copia de su pluma; *pero en lo referente al parecido de letras entre el Beato y Fr. Luis es completamente insostenible, por ser inexacto y falso*. ¿Qué espíritu crítico cuenta aquí, y qué estudio ha presidido tamañas elucubraciones, todo ello para dilucidar problemas literarios fundamentales, cuando no existe competencia ninguna para situar en su estricta realidad los aspectos preliminares y básicos de la cuestión?

Procede, pues consignar primeramente que *la letra de Fr. Luis de León no tiene nada que ver con la escritura del Beato Alonso de Orozco*. Un somero exámen comparativo entre las dos letras nos obliga a formular inmediatamente esta afirmación. Invito a todos mis lectores a la comparación de ambas escrituras, y el buen sentido del observador discriminará inmediatamente, y

(1) Obra citada del P. Custodio Vega, págs. 73-74.

con radicales diferencias, la forma diversa de los dos ilustres escritores agustinos. Así que *la explicación que se nos da de que por el parecido de las escrituras—se parece muchísimo la letra del Beato a la de Fr. Luis, escribe el P. Muiños—de entrambos a dos escritores cabía atribuir el Opúsculo erróneamente al Beato, siendo del Maestro salmantino, queda categóricamente descartada y sin valor ninguno.* Pruebas y garantías? Por mi parte veinte años de trabajos de archivo, compulsando textos y letras, y refiriéndome constantemente a autógrafos de Fr. Luis de León, cuya escritura y peculiaridades conocemos al dedillo, pero para que el lector no quede defraudado con mi aserto, estudie los autógrafos de los dos escritores, que aquí publicamos, y dígasenos si podemos explicarnos honradamente de esta guisa. Por lo tanto, si el Opúsculo estudiado por el Padre Vega es el Opúsculo original de Valladolid, compulsado por los PP. Muiños y Santiago, y cuya escritura, según nuestra afirmación (ahí están los autógrafos) difiere totalmente en sus grafías de la letra de Fr. Luis, para nada tiene que ver aquí su nombre, como que el *Opúsculo no estaba redactado por su mano.* La atribución errónea por lo tanto de la obrita al maestro Fr. Luis *no existe, ni puede existir, pues no cabría nunca esa sedicente semejanza de escrituras.* Por lo demás, la ensalada paleográfica que nos describe el P. Vega ¿puede tomarse en serio por un erudito? Aquella mezcla de *grafías de Fr. Luis, signos de abreviaturas del Beato,* y en los tres últimos nombres o borradores, predominio de la letra del Maestro de Salamanca sobre la letra del Beato... ¡Cosas veredes el Cid...!»

Concluyamos como advertencia fundamental de esta parte de nuestro estudio que creemos firmísimamente que el Opúsculo tampoco estaba escrito por el Beato. El Padre Muiños, sin competencia en estas trabacuentas, no afirma, ni mucho menos, estar el Opúsculo escrito

M. Valde y Mercaderes
1572 a los 24 dias del mes de Mayo
Yo el que suscribe de los señores
D. Diego de Sotomayor y D. Pedro de Sotomayor

1572

M. D. D. S. J. S. A. S. S. S.

Yo el maestro fray Luis de la Cruz de la orden del
glorioso padre S. Augustin y conventual en el mo
nasterio de S. Augustin de Salamanca de la misma orden
respondiendo al q. en la primera audiencia por vs.
me me fue preguntado si sabia e entendia la
causa por q. estoy preso. Digo q. en cinco del
mes de marzo pasado desde presentarme ante
de mil y quinientos y setenta y dos yo se q. se
degalaba vna confesion de ante el d. d. S. S.
ingusido de los señores y presente vnas ciertas
proposiciones q. yo aun leido acerca de la edicion
vulgata. y otro dia q. fue a seis de marzo a
la vna despues de medio dia vone a suplar
misma confesion y presentacion por escrito por q.
as me fue mandado al q. qualis confesiones y
presentaciones me refiero. y despues a veinte
tres e veinte quatro del dicho mes de el
dicho se me ingusido me mande prender de
y despues ala yo e pensado muchas vezes y muchos
ratos sobre la causa desta my prision y se
me en ofrecido muchas cosas q. se piden q. son
Las siguientes —

Autógrafo de Fr. Luis, registrado en su proceso. Las caracterís-
ticas de esta escritura son tan precisas que hacen innecesario some-
ter a un examen valorativo las grafías de Fr. Luis y del Beato Orozco.
Huelga por otra parte insistir en seleccionar textos autógrafos de
entrambos escritores en diferentes edades de su vida, pues el
estilo en la escritura se conserva, pese a «pulsos» y diferencias, con
tal vigencia que insistir en ello sería sencillamente pretencioso e im-
pertinente.

120. 10. fides deest. frustranea est oratio. dicitur beatus paulo. quomodo
inuarabit, in que non crediderunt. et iterum. sine fide
impossibile est placere deo. ex hoc salvatoris setetia
et magna precantibus pollentibus. cum quocumque pete
ritis in oratione, credentes accipietis. mirabile dictum.
mathe. 21. si fides caritate firmata adsit cuncta que petierit
vobis se daturum dominus pollicetur. quia festo
loquuntur est sanctus augustinus. si fides in oratione
deficit, oratio perit. caput ergo est ad vite oratione
fide firmus firmus atque fixi. hinc sanctus iacobus cla
mat. postulet in fide nihil geritis. eodem in hoc
Iacobi. 1. agone et conflictu, dum tepore orationis, velut aliter
Iacob cum angelo luctante, etiam manus cum infesti
simis hoste sathana conserimus comibere non
oportet. alioquin ut maris tumetes fluctus
hac et illuc dirigentes, peribimus. opere prece
uz, ergo erit, ne in suspulor inungamus,
neque desperationis baratra absorti perca
mus. fidei virtute corda stabiliamus, que
magna pace fiduciam comhiat. cum gratia multa
in super quibus nos confidere in hoc officio precatio
nis decet. primo est ipsa dei spontanea benignitas
et propensa voluntas, que nos iubet, ut cum patre
appellerimus eius que filios nos profitemur ad ha
sape sepius eadem gentiliam nobis inculcat dicit.
petite et accipietis. quicquid petieritis patre in nomine
ne meo dabit vobis. quoniam et apostolus asserit, sup
Iesum meo amabilissimi ad dexteram dei sedete pro nobis
interpellare. cui sententia adimplatur dilectus Iesum

Autógrafo de la «Declaración de la doctrina cristiana» del Beato
Alonso de Orozco

por el Beato, sino parecerse su letra a la de éste; y el Padre Gregorio de Santiago en su «Ensayo» (vol. VI. página, 151) se expresa también sin seguridad. «Parece cierto ser de su misma letra», escribe. El primero sin dominio en el tema no lo asegura; el P. Gregorio de Santiago, más paleógrafo, tampoco lo afirma «parece»,—escribe escuetamente—, y yo evidencio con pruebas, y no con materiales de derribo, la ninguna relación existente entre las escrituras de los dos maestros, siendo imposible una atribución errónea calcada sobre semejanzas ilusorias, es decir, que dicho Opúsculo se pueda atribuir a Fr. Luis de León desde el punto de vista paleográfico, y con los razonamientos de los escritores que le han estudiado y supuesto que el Opúsculo fuera sin discusión algún autógrafo del Beato Orozco.

Vale también la pena de comentar la cuarta proposición del P. Vega, donde se afirma que el Opúsculo coincide con el «papel» famoso de que se nos habla en los *Nombres de Cristo*, es decir, del Opúsculo. Como el Padre Gregorio de Santiago escribía, la obrita sin fecha y sin nombre de autor no nos sirve para resolver el problema literario planteado. Ahora, bien, conforme con esta aserción, con los razonamientos apuntados desde el punto de vista paleográfico, y con los que formularemos inmediatamente, no se escapará al lector que el Opúsculo es para nosotros una mala copia, borrador, o escritura—de todo tiene—desde luego no redactada por Fr. Luis, y ni seguramente por el Beato, sino un borrador elaborado por un fraile más o menos culto y curioso, y que fué a parar entre los autógrafos del Beato Orozco, conservado ya por éste entre sus papeles, o recogido más tarde entre ellos por algún agustino amante de las letras. Como transcripción de los *Nombres de Cristo*, en ocasiones afortunada, en ocasiones defectuosísima, nada de particular ofrecen las coincidencias más o menos sustanciales entre las dos obras.

El P. Vega reproduce el bellissimo texto citado por Fray Luis en la «Introducción» a los *Nombres de Cristo*, donde se refiere al «papel» que sirvió de «guión» a los clásicos Diálogos sobre Cristo, y le identifica con el Opúsculo, basada su argumentación en las «coincidencias» a que aludimos, coincidencias forzosas e insoslayables, dependiendo como dependen una obra de la otra. Otrosí, un párrafo de la misma «Dedicatoria» de los Nombres, citado ya por mí al exponer la cuarta proposición sirve al Padre Vega para diferenciar los elementos históricos y poéticos de la obra. Es indiscutible, y no nos hace falta para nada acudir a la autoridad de Federico de Onís, citado por el P. Custodio, que los Diálogos están trabados y compuestos con un verdadero artificio poético, hecha excepción de Marcelo, artificio literario y estilo convencional aceptado en tantas obras del espíritu. Se trata por lo tanto únicamente de la existencia del «papel» «guión» de la obra de Fr. Luis, del «despertador» de las conversaciones cristológicas. Mi ilustre compañero de El Escorial recuerda el propósito de Fr. Luis de seguirlo y ajustarse a él, «conforme a su orden». Nos preguntamos: ¿el Opúsculo es el «papel» «guión» o borrador de los Diálogos? El Padre Vega después de haber recurrido a las coincidencias literales, precisa el sentido de la palabra «papel», frecuentemente utilizada en la época, y por ejemplo, en el mismo proceso inquisitorial de Fr. Luis, como el Padre Custodio indica. Escribe así: «en el proceso de Fr. Luis de León sale con frecuencia la palabra *papel* o *papeles* con la significación de cuadernillo o cuadernillos conteniendo las explicaciones de clase o algún breve tratado. A estos tales papeles denomina frecuentemente «breves», aunque a veces ocupen quince o veinte hojas de marquilla. Pues bien: al hablar fray Luis de este «papel» de los diálogos, dice de él que era «no muy grande». Si algún sentido ha de tener esta locución, ciertamente ha de ser

de un término medio entre lo muy extenso y lo muy breve. Pero no hagamos demasiada cuenta del valor de un término tan impreciso en su extensión y significado, y que el mismo fray Luis califica líneas después de «pequeño». Por mucho, pues, que se quiera restringir éste, no cabe duda que nuestro *Opúsculo*—cuadernillo de diez y seis hojitas mal contadas y de tamaño en octavo—entra con bastante holgura en la simple denominación de «papel» (págs. 99-100).

No solamente en el Proceso inquisitorial de Fr. Luis, sino en general se acostumbraba a denominar en aquella época con el nombre de «papel» o «papeles» escritos, ya extensos, ya breves, bien disertaciones escolásticas, ya epístolas o apuntes doctrinales. Un «papel» o «escrito» entregado por Fr. Luis a los inquisidores es por ejemplo el que eleva con fecha de 10 de diciembre de 1572 y ocupa dos folios de su proceso (fols. 173 r.-174 v.). En 26 de enero de 1573 se eleva otro escrito o «papel» con la extensión de un folio (fol. 178 r.-178 v.). A 7 de marzo del mismo año presenta Fr. Luis otro «papel» del mismo corte. (fols. 180 r.-181 v.). Estos escritos o «papeles» se convierten en amplias disertaciones cuando se rozan con materias de interés o con exigencias inexcusables. Véase así en la respuesta a la «publicación» de testigos cómo se extienden copiosamente las informaciones. La «respuesta» abarca los folios 215 r.-245 v. Lo mismo los escritos difusos y amplios que los breves y reducidos se conocen con el nombre de «papeles» o escritos, cuando a ellos se alude. Acontece lo mismo tratándose entre los clásicos autores de obras literarias, y así podría comprobarse en general en autores eruditos, catedráticos y epistológrafos. Atendiendo a la neta significación del vocablo escribe el Padre Vega que el *Opúsculo* cabe con holgura dentro de la denominación de «papel», subrayando nosotros dentro de la estricta y convencional significación de la palabra que el «papel» guión de los

«Nombres» lo mismo podía alcanzar las dimensiones de las diez y seis hojas del cuadernillo estudiado por el Padre Vega que reducirse a cuatro o cinco folios, consiguiéndose textos, vocablos, referencias de autores y rapidísimas impresiones y sugerencias para ampliarlo todo, dándolo luego hechura y forma, sin que sepamos a qué atenernos en definitiva, no dejando por tanto de ser la aserción del padre Custodio Vega una opinión muy respetable, pero muy particular, y tan respetable y «sólida» como la que pudiera dar cualquier autor disertando sobre este tema, es decir, sobre la extensión que podría tener el «papel» despertador de los diálogos leonianos. Por qué no podríamos precisar, además, que el «papel» guión de los «Nombres» pertenece también y significa en la referencia de Fr. Luis un elemento estricta y concretamente *poético y literario*,—habitual en los autores— sin negar por otra parte la existencia de una preparación intelectual antecedente y obvia, donde acumula Fray Luis los fundamentos de su magnífica obra, a base como siempre de múltiples referencias, textos e inspiraciones, procedimiento usual y ordinario? Pero preguntamos, además: un opúsculo tal—«dieciseis hojitas mal contadas y de tamaño en octavo»—pudo haber sido base para levantar la arquitectura de *Los Nombres de Cristo*, y «guión» para desarrollar libro de tamaña plenitud? Es mucha la libertad, y mucho el desembarazo necesarios para desear que se acepte semejante sugerición.

El tema es sabroso en extremo, y se presta a muchas y variadas consideraciones. El carácter de este trabajo y su objeto se limita forzosamente a perseguir las líneas directrices de los autores que por su importancia reseñamos, y no las afirmaciones circunstanciales. Valgan sin embargo y como resumen de las consideraciones deducidas de la atenta lectura y estudio de la obra del Padre Custodio Vega lo siguiente. La argumentación del Pa-

dre en casi todas las proposiciones que él enuncia y expone, sí denota en ocasiones espíritu crítico y sagacidad indiscutible, exterioriza y acusa una exégesis que le lleva constantemente a trasponer los linderos de la hipercrítica.

¿Cómo puede intentarse sujetar a cánones fijos y a normas preestablecidas «copias» y «borradores», trabajos tan particulares y caprichosos? ¿Sabemos por referencias concretas qué ideas, qué propósitos llevaban al autor del Opúsculo a trazar aquellas páginas, sometidas, unas, a cierto orden y lógica en la transcripción, y redactadas otras a la diablo, trastocando el orden, mal copiando los textos, etc., etc., que es principalmente a lo que el Padre Vega atiende? Excluído el compromiso de realizar «de verbo ad verbum» la copia de una obra, ya para nueva reimpresión, ya para otros efectos, nada más anárquico, libre y desembarazado entre intelectuales y hombres de letras que el extractar obras y textos literarios, rigiéndose sin referencias a normas sistemáticas, pautas y falsillas. Hay copias—no dudamos de ello los amantes de desnatar para nuestro placer y enseñanza preciosidades literarias—donde el buen gusto y la lógica se admiran en el extracto, recomendándose por el orden y la fidelidad, mientras cuentan otras, impediendo sólo la originalidad, las arbitrariedades, colocando e interponiendo entre capítulos ordenados textos posteriores, reflexiones subjetivas y personales, caprichos y «maneras», nacidas exclusivamente de la idiosincrasia, temperamento, libre espíritu y modos, si se quiere, anarquizantes y románticos, fuera del buen sentido establecido y de la coherencia regular y ortodoxa. Esto que es indiscutible nos hace rechazar y poner en tela de juicio las apreciaciones del Padre Custodio, algunas tan sutiles. Desarrollar nuestras ideas ampliamente nos llevaría a la evidencia de lo que aquí apuntamos y sostenemos. No conocemos ni la fecha del Manuscrito, ni

a su autor. No caben suplantaciones erróneas basadas en semejanzas de escritura, semejanzas imaginarias, y que no existen más que en la fantasía, en arbitrariedades, y no en el estudio y la observación. No puede demostrarse la identidad entre el «papel» conocido y el «papel» al que se alude en los Nombres. El Manuscrito conservado entre los papeles del Beato es esquemática exposición de los Nombres—una copia de ellos probablemente—y borrador a la vez con las originalidades propias del autor que lo realiza, y que ignoramos quién fuese. Las observaciones del Padre Custodio Vega pueden volverse por pasiva desde nuestro punto de vista. La tradición corporativa nada nos ha dicho tampoco hasta la fecha, y no existe actualmente que sepamos base crítica ninguna para adjudicar el Opúsculo ni al Beato, ni a Fr. Luis de León. Esto es todo.

El año 1950, y editada por el Consejo de Investigaciones Científicas ha aparecido la obra intitulada *Fray Luis de León, teólogo*, debida al talento y laboriosidad de Don Salvador Muñoz Iglesias, Dignidad de la Iglesia Catedral de Madrid-Alcalá. La obra, suma de muchas investigaciones y experiencias, inicia o puede iniciar un conjunto de estudios sobre aspectos interesantísimos de la personalidad de Fr. Luis de León, y sépase una vez más la rica cantera sobre el poeta que un hombre culto puede explotar entre los Manuscritos escolásticos conservados en la Universidad de Salamanca.

¿Qué más? No podía faltar aquí el nombre del Padre Beltrán de Heredia, insigne erudito de nuestro tiempo y defensor contumaz y acérrimo del Padre Bartolomé de Medina. En un trabajo publicado en el año 1947 en la *Revista Española de Teología* (C. S. I. C., vol. VII, Cuadernos 3 y 4.—Julio-septiembre y octubre-diciembre) intitulado «Un grupo de visionarios y pseudoprofetos que actúa, durante los últimos años de Felipe II» (Repercusión de ello sobre la memoria de Santa Teresa)

se refiere a Fr. Luis de León con su proverbial *generosidad*. Escribe el padre dominico de la benevolencia que caracterizó los dictámenes de Fr. Luis de León en el caso del visionario Piédrola, como en el caso de las obras de Santa Teresa, sin escrúpulos, o mejor dicho, sin la preocupación Fr. Luis de las tachas e influencias *iluministas*, y endilga a continuación el siguiente párrafo sobre el poeta agustiniano: «el discurso que tuvo él en el Capítulo de Dueñas (1557), *verdadero mosaico de frases y de ideas erasmianas*, en un momento en que la Inquisición emprendía enérgica ofensiva contra los libros de espiritualidad de contenido o sólo de apariencia iluminista y erasmiana, es muy sintomático, y se aviene perfectamente con lo que mantuvo después y con la actitud que adoptaba en esos dos casos tan dispares». (pág. 383). Como el lector verá el párrafo no tiene desperdicios, pero hubiera convenido sin embargo, ya que el padre dominico es tan generoso en sus habituales críticas, recoger el conjunto de ideas erasmistas de Fr. Luis para nuestra enseñanza. Teníamos ya un *don Miguel de Cervantes erasmista* (?); y ahora por la gracia del P. Beltrán de Heredia podemos gloriarnos de un Fray Luis de León — ¡cepa castiza castellana y católica como el insigne Mancol— erasmista casi desde su mocedad. Privilegio de hombres geniales el atisbar cosas tales, y así el P. Beltrán de Heredia podrá pasar a la historia más que por sus elucubraciones sobre los «iluminados», *por su hallazgo de un Fr. Luis erasmista*. No es erasmista Fr. Luis en el sentido acusado por el padre dominico, y sin embargo le proclamamos nosotros como *insigne erasmista* en el sentido positivo de las excelencias que acompañan a Erasmo. Es la comparación valorativa quizás más ajustada. Les une el humanismo renacentista, es decir, la cultura clásica, base primordial para el erudito y el investigador de la cultura de la época. Les diferencia y separa una profunda desviación: la inte-

gración de la tradición patristica en los estudios fundamentales. Erasmo se aleja de la Patristica; más aún, hostiliza a los Santos Padres, rozándose así con las corrientes reformistas que desdeñan la aportación exegética de la Escuela, hasta el más radical menosprecio. Fr. Luis depura y contrasta en cambio las influencias de la tradición escolástica y la de los antiguos Padres, injertando su cultura en la ortodoxia tradicional universitaria, pero suministrando a la vez con los criterios del previo examen, con el espíritu crítico, nuevas ideas que, en el juego de los valores, mediante las diferencias y valoraciones, le hacen llegar a ser un auténtico hombre de ciencia, un creador. Así el Biblismo, y el espíritu exegético.